



Año I.

SEMANARIO ILUSTRADO
de literatura, ciencias, etc.

PRECIO
25 céntimos cada número.

BIBLIOTECA ILUSTRADA
Publica tres obras distintas.

Núm. 4.º

CUENTOS MADRILEÑOS

El gabinete particular.

—Y qué tal, ¿te has casado?
—¡Nunca! ¡Vade retro!
—Pues, ayer, cuando te ví tan amartelado del brazo con aquella dama, creí en tu conversión.
—¡Bah! Yo soy consecuente. Tengo horror al matrimonio...
—Pero, no á las mujeres.
—¡Pobrecillas! La mujer amante es un ángel que embellece y poetiza el hogar.
—¿Y cuál más amante que la mujer propia? Si te casaras...
—¿Para qué? La que ayer viste es la reina de mi corazón. Hace un año que nos vimos:

su alma y la mía se entendieron, se desearon, se buscaron. Hicimos superiores... es decir, ella, ella se hizo superior á las preocupaciones vulgares, y desde entonces es el encanto de mi hogar, de mi vida. Nuestra existencia es una continua luna de miel; ambos nos consideramos, nos respetamos, nos queremos; y el único lazo que nos une es la voluntad. En eso estamos de acuerdo; ya lo sabe como yo: el día que no le convenga, ó que se canse, ó que su amor se extinga, me lo dice y ¡abur!

—¡Bonita familia! ¿Y qué porvenir puedes esperar por tal modo?

—El mismo que tú, con una ventaja, la de que el presente ha de ser siempre dichoso.

—¡No sé por qué!

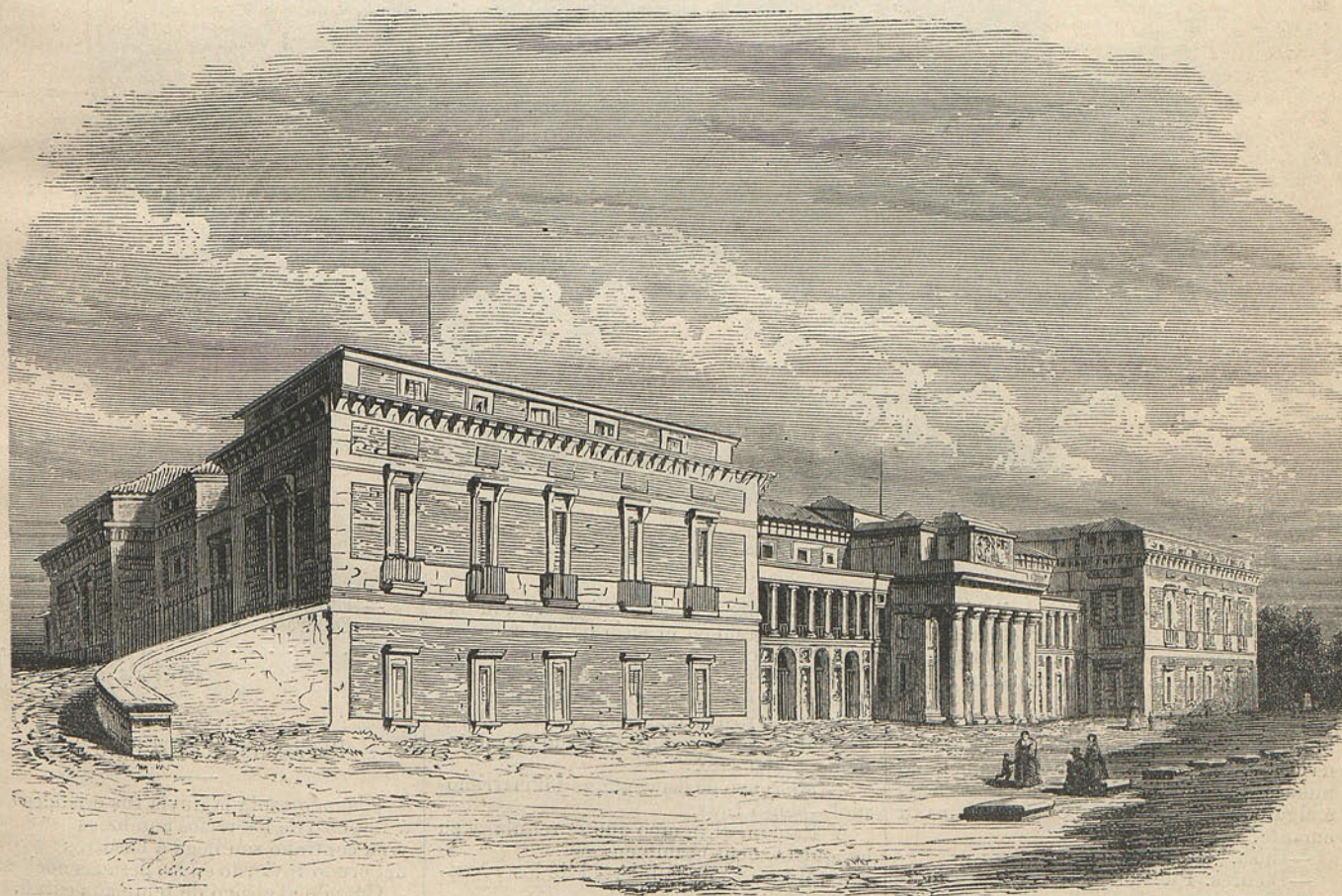
—Es muy claro. Por egoismo, lo mismo ella que yo, en tanto estemos juntos, hemos de evitar toda escabrosidad, todo disgusto. Libres somos los dos. El hastío, que es la muerte del matrimonio, no puede hacernos desgraciados. Cuando uno de los dos se canse cada cual toma su determinación, y... en paz y jugando.

—Pero hombre, puedes cansarte tú cuando ella te quiera más, ó viceversa...

—Pues, en ese caso, quedaremos como buenos amigos y libres para obrar como mejor nos parezca.

—Siempre resultará desgraciado uno de los dos: el que ame al otro.

—En el matrimonio puede suceder lo mismo, con la desventaja de que ambos son esclavos.



Vista del Real Museo de Pinturas.

—Pues no me convences, y no te envió.

—Eso no ha de ser inconveniente para que tomemos juntos café.

—Vamos con mil amores. Precisamente veo desde aquí que está desocupado el velador próximo á esa vidriera.

Ramón y Luis entraron en el café, tomaron asiento junto al velador mencionado, hiciéronse servir, y prosiguieron su relato.

Ramón, el casado, defensor del matrimonio, tomó la palabra.

—¡Es lástima que te hayas acomodado á vivir esa vida de escándalo y de inmoralidad! Si buscas una mujer honrada, inteligente, de buenas costumbres...

—Me sucedería lo que me sucede, y lo que te sucede también á tí: que no por eso dejaríamos de desear á cualquier otra mujer bonita que viésemos.

—¡Chico, eres atroz!

—Y yo á una viuda que es magnífica.

—Convengamos en que la mujer...

—Sí, y el hombre... ¡Qué plan es el tuyo?

—Ha engañado á su marido diciéndole que va á casa de su madre, con quien él está reñido, y pienso llevarla á comer á un restaurant...

—¡Lo mismo que yo! Mi viudita vive con un hermano que se llama Luis, como tú; y también le ha engañado diciéndole que va á comer con una prima...

—Se me ocurre una idea. ¿Quieres que comamos juntos?

—¡Hombre! ¡No me parece muy correcto tal proceder!

—¡Al contrario! Convengamos en el sitio, prevenimos al camarero, el que primero llegue, y total ¡la gran sorpresa y la gran comida!

—Sea como quieras. Después de todo no se asustarán ni una ni otra.

renombrados, tomaron posesión de uno de los gabinetes particulares, y despojáronse, ella de su manto y él de su sombrero.

—¡Qué miedo he pasado!—exclamó la Eva.—La verdad es que el amor hace cometer locuras. ¡Si mi hermano sospechase que estoy aquí... ¡qué horror, Dios mío!... ¡Me mataría!...

—¡Bah! Desecha todo temor. ¿A qué acordarnos de otra cosa que de nuestra felicidad?

Algunos minutos más se prolongó la conversación, hasta que el camarero apareció con una sopera.

Tras del mozo pasaron otras dos personas: Luis y su dama.

—¡Dios mío!—gritó ésta.—¡Mi marido!

—¡Cielos!—repuso la amante de Ramón.

—¡Luis aquí!

Y casi al mismo tiempo, Luis y Ramón exclamaron:



Pescadores de caña.

—Digo la verdad. Tú, nuevo diablo predicador, me ponderas las excelencias del matrimonio, y sin embargo, apostaría algo á que no dejarás de tener entre manos algún trapicheo...

—Es cierto. Pero tú, con tu decantada libertad y con las ventajas de tu vida escandalosa, y con tu continua luna de miel, no puedes disimular tu impaciencia. Esperas á alguien que no es tu... ¿Cómo se llama tu amante?

—Elisa. ¿Y tu mujer?

—Dolores. Pues bien, tú esperas á alguna belleza que no es Elisa. ¿Me engaño?

—¡No, á fe! ¿A qué mentir? Ya sabes que no soy hipócrita. Espero á una casada que es deliciosa.

Un instante después, Luis y Ramón habían convenido en el sitio donde deberían celebrar la orgía.

No pudieron ser más oportunos. Ramón, el defensor del matrimonio, vió pasar una dama cuyo rostro ocultaba tupido velo, y despidióse de su amigo, saliendo precipitadamente del café.

—¡Me río yo de las ventajas del matrimonio!—pensó Luis.

Y Ramón, al tiempo que se reunía á su conquista, pensó también:

—¡Me río yo de la libertad de los recalcitrantes!...

El paladín del matrimonio y su bella conquista llegaron á un restaurant de los más

—¡Elisa!

—¡Dolores!

Pedro J. Solas.

DESPRENDIMIENTO GENEROSO

¡Cuando azota la lluvia tus cristales á impulso de los recios aquilones y su continuo son llega á nosotros del crudo invierno en las pesadas noches!...

Cuando al abrigo de templada estufa del amor disfrutamos tiernos goces, y apoyada en mi pecho absorta escuchas los castillos de hermosas ilusiones

Que te forma mi ardiente fantasía!...
 ¡Cuándo escucho los mágicos acordes
 que tus dedos arrancan al piano
 armonizando así nuestros amores!...
 ¡Cuándo aspiro tu aliento perfumado
 y siento de tus labios suave roce
 y besos se confunden, cuyos ecos
 de la estancia los ámbitos recorren!
 Y las horas trascurren presurosas
 regaladas... con estos mil primores...
 ¿no serías feliz si yo pudiera
 regalarte también mis sabañones?

Francisco Solano.

LA DUQUESA DE HIELO Y EL CORCOVADO DE ROMA

(Continuación)

De vuelta ya en su palacio, se dijo á sí misma:

—¡Es necesario que yo sepa quién es el hombre á quien he oído cantar en San Juan!

rencia á otros templos, atraídos por la fama que empezaba á adquirir Salvatore.

Esto le dijeron á la duquesa, callándole otras circunstancias que en breve sabremos.

Los cantores de capilla eran, y todavía son, muy apreciados en Italia, de la cual había desaparecido ya una detestable costumbre que se remontaba nada menos que á los primeros tiempos de la Edad Media.

Algunos padres desnaturalizados, á fin de que sus hijos llegasen á ser *tiples* de coro, reducían á sus vástagos, siendo éstos pequeños, al estado mismo de Orígenes; al estado que distingue á los guardianes de los serrillos de Oriente.

Los *tiples* eran muy solicitados, especialmente para las catedrales, en donde tenían crecida paga y el porvenir asegurado para toda su vida. El cariño de aquellos padres crueles, que así se cuidaban del bienestar de sus hijos, era un cariño que reprochaba hasta la misma naturaleza. Pero la costum-

natural y muy justo el deseo de la duquesa de Albano, prometió complacerla.

Una mañana, en el momento de sentarse á la mesa para almorzar, le dijo á Ana:

—Excelencia: hoy mismo tendrá la honra el cantor Salvatore de ponerse á las órdenes de la señora duquesa.

Púsose primero ésta pálida como un muerto, y después encendida como la grana.

La signora Giusefina Malipieri, que tenía clavada en ella la vista, frunció el entrecejo. Pero no se atrevió á decir una palabra, pues Ana, á pesar del respeto que á su aya profesaba, gozaba de cierta independencia y tenía una altivez de raza que á todos imponía.

El almuerzo fué silencioso: la joven estaba preocupada, pensando indudablemente en Salvatore.

Mas, ¿se había enamorado de él sin conocerlo?... ¡Todo hacía creer que sí!...

Llegó el momento temido y deseado á la



Gitanos de la provincia de Murcia.

¡Si es posible que los ángeles desciendan á la tierra, ese hombre debe ser un ángel!...

Pronto adquirió las noticias que deseaba: el ángel era un pobre joven, huérfano como ella de padre y madre, que desde su más tierna edad había sido educado de limosna por el canónigo Salvatore de Montefiorini. El huérfano se llamaba también Salvatore, bonito nombre que recordaba al Redentor de la humanidad.

Habiendo manifestado grandes disposiciones para la música y el canto, su protector le había costeado los estudios necesarios en un colegio de Florencia.

El muchacho había cumplido veinte años, y prometía ser una notabilidad en el país de la música, la pintura, y de todas las artes en general.

Por influencia del canónigo, era tenor de capilla en San Juan de Letrán, á donde acudían gran número de fieles, con prefe-

bre es ley, y como además estaban, y creemos que todavía están en vigor varios decretos de los Papas, prohibiendo cantar á las mujeres en la iglesia, de ahí esa costumbre, por fortuna extinguida, conforme hemos dicho ya.

Volvamos á la duquesita.

La impresión que el cantor de San Juan de Letrán había hecho en su ánimo, no era una de esas impresiones pasajeras muertas casi al nacer. Se había arraigado en su alma y echado en ella profundas raíces.

Siempre acompañada de su aya, la niña volvió infinidad de veces á San Juan.

Cuando oía cantar á Salvatore, se conmovía como la vez primera.

Al cabo ya no se contentó con oír, sino que deseó conocer personalmente al cantor de capilla.

Manifestóle su deseo al capellán de su palacio, y el buen padre, que hallaba muy

vez por la duquesita, que iba á ver al único hombre que le había causado una viva impresión; al ser privilegiado que tenía tan dulce voz y al cual se representaba en su imaginación como un dechado de perfecciones: hermoso como Narciso; de arrogante apostura; centelleante mirada, etc., etc., etc.

A. de San Martín.

(Se continuará.)

En el oscuro cielo de mi dicha
 una fúlgida estrella percibí:
 tus ojos abrasaban mis pupilas,
 yo era casi feliz.

Bendije tus miradas, y al lanzarse
 mi apasionado espíritu en tu amor,
 ahogaste en una horrible carcajada
 mi triste corazón.

P. Sañudo Autrán.

TIPOS AL FRESCO

D. Manuel Taquillas, ó el comandante *La Enreda*, según le llamaban en su regimiento, era un buen sugeto en toda la extensión de la palabra.

Alto, delgado, de bellas y correctas facciones, aunque algo curtidas por el sol y el aire, y con no escasas arrugas, porque ya no era niño, ni joven, sino bien entradito en sus cincuenta y pico: demostraba bien á las claras aquel refrán de que «el que tuvo y retuvo guardó para la vejez», y como en su juventud fué todo un real mozo de la Escolta Real, conservaba á estas fechas en el mejor estado posible los restos de su pasada y varonil arrogancia.

Pero lo que á despecho del tiempo seguía invariable, era su carácter voluble é irascible, su imaginación siempre despierta, siempre pronta para nuevos y variados giros. Era pintor, carpintero, papalista, músico, cantante, cómico, poeta y hasta zapatero. Todo esto, sin dejar por ello de ser un buen militar. A llegar á Ministro de la Guerra, nadie sabe las reformas que hubiera llevado á efecto en poco tiempo; ¡cuántos cambios en el uniforme! ¡qué variación en los cuarteles y qué maestría para hacer correr las escalas á gusto de todo Dios!

En su casa, donde era dueño y señor, veíanse en continuo movimiento su mujer, sus hijos y el asistente.

Hoy pintaba un cuadro representando un paisaje (según él), y lo mandaba colocar en el salón, y durante una semana el amor á la pintura dominábale en tales términos, que su casa se convertía en museo, y á cada instante variaban de sitio y posición sus grandes concepciones. Hasta en el más humilde y apartado lugar de su vivienda veíanse cuadros alusivos al objeto para que estaba destinado.

Retrataba todos los individuos de la familia, sin olvidar á su asistente, al que causaba verdadero espanto el ser sacado á luz por su amo, porque en ninguna postura ni actitud le encontraba á gusto suyo.

—¡Bruto! ¡más derecho: que pareces un gárfio!

—¿Asina, mi comendante?—decía el infeliz enderezando cuanto le era posible su pescuezo.

—¡No tanto, salvaje; asina!—y con una paciencia digna de mejor causa, le colocaba en posición artística al desgraciado modelo.

Servíase de él para pintar á Marte, á Baco, y hasta la diosa Venus cuando era preciso.

Esto le era sumamente fácil, porque como decía el comendante:—Todo consiste en suprimir algunos accesorios.

Cuando la fiebre de la pintura desaparecía, el amor á la floricultura convertía su hogar en un jardín.

Entonces el asistente modelo trasportaba sobre sus hombros las verdes ramas del monte vecino, y desde el umbral de la puerta se trepaba por el ramaje esparcido aquí y allá, con sobra de profusión y falta de simetría.

E. Ceballos Quintana.

(Se continuará).

SUEÑOS

I

Soné que entre mis brazos te estrechaba con infinito anhelo,
y extasiado en tus ojos me miraba,
como en sereno cielo.
Soné que, condolida de mi pena,
de mi insufrible afán,

una mirada, de promesas llena,
fijaste en mi tenaz.

Yo fascinado á un tiempo y temeroso,
comprender no podía,
que lograrse por fin ser tan dichoso
quien de pena moría.
Y quise hablar y me faltó el aliento:
me ahogaba la emoción,
que no puede expresar humano acento
un amor cual mi amor.

Entonces tú con voz dulce, armoniosa,
como el rumor del río,
me dijiste al oído temblorosa:
—¿Por qué callas, bien mío?
E incontrastable, cual volcán que estalla,
mi silencioso amor,
del respeto rompió la frágil valla
al escuchar tu voz...

II

Soné otra vez que mi querella amante
oías con desvío.
y te burlabas de mi fe constante,
y del tormento mío.
Yo á tus plantas con voz apasionada,
demandaba piedad,
y apartando de mí la vista airada,
dijiste:—¡Basta ya!

»No me importunes más con el lamento
de tu insufrible pena;
»no turbes con tus quejas el contento
que hoy mi ser enajena;
»no quiero ver tu faz triste y sombría,
»imagen del dolor,
»cuando mi pecho inunda de alegría
»un infinito amor.»

Y de mí te alejaste presurosa...
Te esperaba tu amante
y corriste á sus brazos afanosa,
trémula, palpitante.
En ellos te arrojaste con delirio:
sentí angustia mortal,
huyó mi sueño y vi que mi martirio
es triste realidad.

«¡Ay!—exclamé llorando de amargura—
»¿qué destino es el mío,
»qué horrenda realidad es mi tortura,
»mi desdicha, un desvarío?
»¿Por qué persigue con tenaz empeño
»la ciega humanidad
»la ventura, si siempre es vano sueño?»
¡siempre el dolor, verdad!

Mariano Capdepón.

NUESTROS GRABADOS

Vista del Real Museo de pinturas.—Uno de los edificios que más embellecen la capital de España es, sin ningún género de duda, el Museo nacional de Bellas Artes, situado como saben nuestros lectores en el Paseo del Prado. Su arquitectura de orden sencillo, severa y elegante al mismo tiempo, forma un conjunto armonioso, propio del objeto á que fué destinado y de las muchas riquezas pictóricas que encierra en su interior. La columnata que sirve de portada al edificio y las dos galerías que á derecha é izquierda de ella van á reunirse con los cuadrilongos fronterizos, son majestuosas y producen el más hermoso efecto, á lo cual contribuye no poco las bellas estatuas que ocupan los huecos de las galerías. Si del exterior, que tan agradable es, pasáramos á reseñarle interiormente, sería necesario, para hacerlo con la copia de datos y detalles que el caso requiere, escribir muchos volúmenes. ¿Cómo pasar revista en breves líneas á la multitud de obras nacionales y extranjeras que en aquel famoso santuario de las artes se ven acumuladas? ¿Cómo valorar concienzudamente el mérito real de cada una para señalar su precio y deducir la ascendencia total de todas? Representan, á no dudarlo, una cifra

tan elevada, que no es posible fijar términos de comparación que la aprecien. Y esto se comprende muy bien con sólo pensar que en aquellas tablas y lienzos viven immortalizados muchos de los más grandes genios del arte.

Pescadores de caña.—De hombres calmosos y pacienzudos es, si los hay, el entretenimiento para unos, y el oficio para otros de pescar. No hablaré de estos últimos, que como no tienen otro medio de ganarse la vida se ven forzados á hacer provisión de paciencia, al tenor de los zapateros y de otros menestrales que siempre hacen lo mismo. Pero los que no tienen perdón de Dios, dispénseme los aficionados, son los que para divertirse, como dicen ellos, se pasan desde los primeros alhores de la mañana, haga sol, llueva ó ventee, á la orilla de un río ó encaramados en una peña sobre el mar hasta bien entrada la noche, atentos á cuando pica el pez el cebo, y vuelven á su casa molidos, cansados y sin haber pescado el más pequeño pececillo. Para estos se hizo el Reino de los cielos.

Gitanos de la provincia de Murcia.—No hay más que fijar la vista en el estético dibujo de Perea para comprender de qué clase de tipos se trata. El gitano en todos los lugares de la tierra presenta siempre el mismo aspecto, la misma idiosincrasia. Si veis una caballería escualida y macilenta, no preguntéis á qué raza pertenece el hombre que se esfuerza en haceros creer, y lo consigue muchas veces, que aquel animal es joven, robusto, sano y un rayo de locomoción; para probarlos lo último monta en él, y no sé de qué trazas se vale, pero lo cierto es que la bestia vuela entonces y parece llena de vigor y de vida. Los gitanos de la provincia de Murcia se parecen en esto á los gitanos de todas partes.

CHARADA

Primera con segunda
dice la gente
al hablar de una cosa
que en otra entre.

Dos y primera
si estudias para cura
tener quisieras.

Segunda repetida
hace cualquiera,
cuando dentro del pecho
siente una hoguera.

Una tres dos,
de beberla en el Africa
te libre Dios.

Si con eso no aciertas
esta charada,
no tendrás mucho todo,
pues está clara;
y si la aciertas,
te convido á una tercia
con escopeta.

S. C.

SOLUCIÓN

AL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

El tiempo mata el amor, y los dolores el vigor.

GEROGLÍFICO.



(La solución en el número próximo.)

U. MONTEGRIFO, IMPRESOR, BAIEN, 26.